

ESCENA
Revista de las artes

Publicación semestral. ISSN 1409-2522
Volumen 76 - Número 1
Julio-Diciembre 2016

Hurtándole el tiempo al tiempo

Manuel Matarrita



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin Obra Derivada

Hurtándole el tiempo al tiempo

Manuel Matarrita
Escuela de Artes Musicales

Conocer la línea histórica de una región geográfica, desde la óptica de cualesquiera de sus ámbitos culturales, es tarea esencial, no necesariamente para crear patrones restrictivos de identidad cultural –que muchas veces resultan en discursos forzados–, sino para comprender y justificar el presente y, desde allí, construir el porvenir. Como bien decía el compositor Gustav Mahler, rescatar la tradición “es la transmisión del fuego y no la adoración de las cenizas”.

En este sentido es que *Hurtándole tiempo al tiempo*, libro de la musicóloga Tania Vicente León, ofrece un panorama esclarecedor sobre el desarrollo de la denominada “música académica” en el Valle Central costarricense durante un lapso de treinta años, tiempo que fue determinante en la construcción del futuro de la profesión musical en nuestro país. Esta delimitación cronológica la puntualizan dos hechos cruciales en este acontecer: la institución del Conservatorio Nacional de Música en 1942 (actual Escuela de Artes Musicales) y la revolución musical que dio pie a la actual Orquesta Sinfónica Nacional (1971-72).

La musicología es una disciplina científica que estudia de manera sistemática las

fuentes musicales. Su espectro es muy amplio y, a su vez, sus objetos de estudio dan pie a la conformación de varias ramas, como la semiología musical, la etnomusicología y la organología, por mencionar algunas. El estudio metódico de la historia de la música, entendida como una ciencia social concreta, se sirve a su vez de los adelantos científicos brindados por la musicología.

No es un secreto que, en el caso de Costa Rica, la sistematización de estudios estrictamente musicológicos sobre nuestro desarrollo musical se postergó por muchísimas décadas. A lo largo del siglo XX se originaron varias investigaciones sobre el tema, eminentemente historiográficas, las cuales no fueron realizadas con un plausible rigor científico o académico y, por lo tanto, sin ahondar en aspectos sociales y antropológicos. No fue sino hasta el siglo XXI que nuestra musicología dio un salto cualitativo importante con la aparición de algunos estudios que examinaron los aspectos históricos del desarrollo musical, desde una perspectiva muy amplia, enfatizando la función social que nuestra disciplina cumplía en el entorno nacional. El texto de Vicente complementa, reafirma y continúa esta pauta investigativa

que escudriña la establecimiento de la música como una profesión definida, así como las características que la definen como tal en nuestro contexto.

En su libro *Poética musical*, el compositor Igor Stravinsky diserta sobre el hecho de que durante la época medieval, en Europa, el músico tuvo solamente un rango similar a lo que en nuestros días conocemos como artesano; su individualismo estaba vedado por los condicionantes sociales. No fue hasta el Renacimiento que el concepto de *artista* vio la luz, distinguiéndose del *artesano* e incluso exaltándose a merced de ellos. El término *artista*, comenta Stravinsky, se refería entonces a los llamados maestros de las artes: filósofos, alquimistas y magos.

Tuvo que transcurrir un buen tiempo para que pintores, escultores, poetas y músicos pudieran aspirar a esa jerarquía; es decir, para que ocurriera y fuera reconocida su profesionalización. Se hizo necesario entonces, en aquellos tiempos, poder demostrar que un artista, a diferencia del artesano, no solo se limitaba a crear o recrear algo que fuese utilizable en el día a día, sino también algo que fuese capaz de producir placer y deleite. Más difícil fue aún argumentar que esos elementos eran importantes dentro de las necesidades individuales y sociales para que se constituyeran, de forma eventual, en una fuente de demanda profesional.

Con el paso de los siglos y la manifestación de las célebres revoluciones (primero la francesa y luego la industrial) todos los

esquemas en cuanto a la división del trabajo tomaron un nuevo rumbo. Las profesiones eran ya más que llanas ocupaciones, puesto que su práctica requerían de conocimiento especializado, cuyo ejercicio se presuponía una retribución primordialmente económica. No obstante, cuando se carecía de este personal versado en la materia, mucho del oficio tenía que ser realizado por manos inexpertas o aprendices a causa de esta inopia profesional, mientras que las disciplinas y quienes las profesaban se consolidaban en la sociedad.

Desde luego, no podría establecerse un paralelo horizontal entre la historia de Europa y la nuestra. Sin embargo, sí ha existido en Costa Rica un camino en este sentido, un movimiento, ciertamente aún en proceso, de la transformación y definición de esos roles del músico en nuestra sociedad: diletante, artesano, artista, y profesional. La aparición de las instituciones musicales, tanto de promoción artística como de formación musical, ha sido determinante en este proceso y esto es justamente lo que dilucida Vicente en su exhaustivo estudio. Este libro es un eslabón más de la tarea inaplazable por conocer, estudiar, entender y analizar nuestra historia musical.

Referencia

Vicente-León, T. (2013). *Hurtándole tiempo al tiempo. La música académica en el Valle Central: de oficio a profesión*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.